

El sentido común neoliberal y los sectores populares. Una aproximación en el contexto de la pandemia

Investigación cualitativa

Paola Benassai
Daniela Rey

Asociación
LolaMora
Investigación y Capacitación para la Acción

 **RED DE
GÉNERO Y
COMERCIO**

 **FONDO DE
MUJERES
DEL SUR**

 **LIDERANDO
DESDE
EL SUR**

El sentido común neoliberal y los sectores populares. Una aproximación en el contexto de la pandemia

Investigación cualitativa

Paola Benassai

Licenciada en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Doctoranda en Historia en la Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín. Integrante de la Asociación Lola Mora.

Daniela Rey

Licenciada y Profesora en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Integrante de la Asociación Lola Mora y la Red de Género y Comercio.

Coordinación:

Norma Sanchís



Diseño:

Sara Paoletti

Asociación Lola Mora, Red de Género y Comercio.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Febrero de 2023.

Esta publicación está basada en una serie de grupos de discusión en donde participaron mujeres de sectores populares del municipio de Moreno, provincia de Buenos Aires, realizados entre abril y mayo de 2022. Agradecemos el tiempo y la gentileza de las participantes de las localidades de Cuartel V y Francisco Álvarez.

Asociación
LolaMora
Investigación y Capacitación para la Acción

asoc.lolamora@gmail.com
<http://asociacionlolamora.org.ar>
Fc: @AsociacionLolaMora

 **RED DE
GÉNERO Y
COMERCIO**

redgeneroycomercio@gmail.com
<http://generoycomercio.net>
Fc: @RedGeneroyComercio

 **FONDO DE
MUJERES
DEL SUR**

 **LIDERANDO
DESDE
EL SUR**

Índice

Introducción	3
Sentido común neoliberal	7
Análisis	
1. La vida en el hogar: prácticas de consumo e ideas sobre el individualismo	8
<i>El sentimiento de soledad</i>	9
<i>Cambios en los hábitos y prácticas de consumo</i>	11
2. El mundo del trabajo: trabajo remunerado, no remunerado e informalidad laboral	12
<i>Trabajo remunerado</i>	13
<i>Estrategias para amortiguar la crisis</i>	14
<i>Reflexiones sobre los programas de empleo</i>	15
<i>Trabajo no remunerado</i>	16
3. Entre lógicas solidarias y lógicas neoliberales. Los entramados comunitarios como espacios de disputa	17
<i>Dos formas diferentes de concebir la política y la organización colectiva</i>	18
<i>Los entramados político-organizativos</i>	18
<i>Ayudas estatales producto de la pérdida de la "cultura de trabajo"</i>	20
<i>"Darle al otro lo que a mí me sobra": las redes de solidaridad como potencia</i>	21
Reflexiones finales	22
Bibliografía	24

Introducción

El último cambio de siglo supuso un momento de reflexión en el campo académico sobre las transformaciones socioeconómicas acontecidas a nivel mundial a partir de la década de 1970, englobadas desde entonces bajo el concepto de “neoliberalismo”. Algunos de los principales interrogantes giraron en torno a los cambios en la construcción de consenso ideológico y la nueva política macroeconómica (Harvey, 2007); las transformaciones en el mundo del trabajo y los efectos subjetivos del “nuevo capitalismo” en las relaciones sociales (Castel, 1997; Sennet, 2018 [1998]), las nuevas condiciones de habitabilidad en la llamada “ciudad global” (Sassen, 2000 [1991]; Chomsky y Dieterich (2001) [1995], y los procesos de segregación y desigualdad social (Bourdieu, 1999 [1993]; Wacquant, 2007; Sassen, 2015).

En ese marco, en lo que refiere a los efectos emocionales y afectivos en el lazo social en el orden social neoliberal, han habido reflexiones especialmente sobre los vínculos entre esta fase del capitalismo contemporáneo y las nuevas llamadas “tecnologías del deseo” (Lordon, 2015) o el “goce consumista” (Stavrakakis, 2010) . En una línea similar, se ha indagado sobre los efectos concretos de las subjetividades neoliberales en la vida social pública y en la vida privada, encarnados en prácticas tales como el “*coaching* ontológico” (Alvaro, 2021). Así, se ha puesto de manifiesto cierta tendencia a la atomización del sujeto, a los mandatos de individualismo y competencia, y al imperativo social de “ser feliz” –presente tanto en las estrategias de *marketing* como en las propagandas políticas– (Ahmed, 2019).

En lo que refiere a nuestro país, recientemente tuvieron lugar ciertas discusiones teóricas que, entrecruzando saberes producidos en el campo académico y el campo del activismo militante, tomaron los aportes del corpus bibliográfico arriba mencionado y propusieron nuevos abordajes para pensar la cuestión del neoliberalismo.

En primer lugar, para entender el ciclo neoliberal en América Latina en el siglo XXI, Gago (2015) introdujo matices a las interpretaciones que conciben al neoliberalismo a partir de sus consecuencias sociales “desde arriba” (privatizaciones, reducción de protecciones sociales, desregulación financiera, flexibilización laboral, etc.) y que otorgan un lugar privilegiado a la preponderancia del mercado como un sujeto omnipotente que regula la vida social de la población. En cambio, plantea entender al neoliberalismo como una “racionalidad”, que no es abstracta ni unidireccional, sino que incluye un conjunto de saberes, tecnologías y prácticas que son impulsadas en la interacción entre el “desde arriba” y el “desde abajo”. De ese modo, la autora propone un novedoso énfasis respecto del entramado social que produce resistencias, dialoga y se nutre de las lógicas neoliberales. En sus palabras:

“Por *neoliberalismo desde abajo* me refiero a un conjunto de condiciones que se concretan más allá de la voluntad de un gobierno, de su legitimidad o no, pero que se convierten en **condiciones sobre las que opera una red de prácticas y saberes que asumen el cálculo como matriz subjetiva primordial** y que

funciona como motor de una poderosa economía popular que mixtura saberes comunitarios autogestivos e intimidad con el saber-hacer en la crisis como tecnología de una autoempresarialidad de masas (...) Hablar de *neoliberalismo desde abajo* es un modo de dar cuenta de la **dinámica que resiste la explotación y la desposesión y que a la vez se despliega en (y asume) ese espacio antropológico del cálculo**” (Gago, 2014: 25).

De esa manera, Gago postula una interpretación más dinámica y polimorfa del neoliberalismo, que permite comprender los modos de actuar, sentir y pensar de las llamadas economías populares al margen de su mera victimización. Desde esa perspectiva, las clases populares y sus luchas/resistencias dejan de ser cargadas de nociones morales (como el hecho de adjudicarles *a priori* valores de solidaridad o, en el otro extremo, de irracionalidad) y pasan, en cambio, a ser entendidas a partir de su capacidad de agencia.

En segundo lugar, con el objetivo de entender la construcción de legitimidad del gobierno argentino de giro neoliberal de la alianza política “Cambiamos”, en el período 2015-2019, Canelo (2019) propone entender al neoliberalismo a partir de sus efectos subjetivos y su capacidad para poner en marcha sentidos comunes (en el sentido sociológico del término, como construcción de miradas de mundo). De ese modo, al entender al neoliberalismo a partir de su dimensión cultural, la autora ubica a la gestión política de Cambiamos en el marco de transformaciones más profundas de la sociedad argentina y global, que tienen que ver con la emergencia de valoraciones positivas en torno a la naturalización de la desigualdad y la meritocracia. En ese sentido, sostiene Canelo, la apuesta neoliberal del proyecto Cambiamos caló profundo en la esfera pública, en un contexto de fuerte “hiperindividualización”.

En tercer lugar, Murillo (2021) conceptualiza al neoliberalismo a partir de lo que entiende como “cultura del malestar”. Al hacerlo, la autora se aleja de las interpretaciones economicistas que subrayan solamente la dimensión de las políticas económicas del modelo neoliberal. Murillo plantea que el neoliberalismo es una forma compleja de gobernar las poblaciones que pone de relieve la meritocracia y produce un sentimiento constante de “angustia flotante”. En ese síntoma estructural -la angustia flotante-, predominan el centramiento en el cuidado de sí, el olvido del prójimo y la pérdida de lazos afectivos. Los efectos de la cultura del malestar se dan tanto a nivel del individuo como de la población, y generan un efecto vicioso que posibilita enormemente los padecimientos psíquico-sociales y la ruptura del tejido social.

Partiendo de las reflexiones de Lordon (2015), el neoliberalismo construye deseos anudados a su interés (consumista, individualista, violento), pero su eficacia nunca resulta una experiencia totalizadora. Esto quiere decir que hay momentos intermitentes donde el “pacto neoliberal” se fractura, habilitando la emergencia de nuevas formaciones colectivas, que funcionan a su vez como resistencias que son propias de todas las relaciones de poder. La presente investigación retoma los anteriores aportes, y se apoya en estudios previos llevados a cabo por la Asociación Lola Mora

que pusieron de relieve la desigualdad de género en la pandemia por COVID (Sanchís, 2020; Bergel Varela y Rey, 2021; Bergel Varela, 2021; Benassai y Rey, 2022).

El objetivo del presente trabajo es comprender de qué maneras el sentido común neoliberal se encuentra presente en las prácticas y discursos de mujeres pertenecientes a sectores populares del conurbano bonaerense. Es decir, cómo los grupos sociales más vulnerables (y en particular, las mujeres) producen apropiaciones, resistencias y visiones del mundo en torno al neoliberalismo. Para ello, tomaremos como disparador el análisis de la vida cotidiana durante la pandemia, con el propósito de identificar valoraciones en torno a los siguientes imaginarios neoliberales: **el individualismo, la meritocracia, la resiliencia, el/la otrx como enemigx y la anti-política.**

La investigación toma como recorte principal a las mujeres, ya que fueron ellas quienes llevaron adelante redes comunitarias y estrategias en el último tiempo para contrarrestar los efectos de la crisis de COVID en los barrios. Sumado a esto, las consecuencias negativas de la llegada de la pandemia se expresaron mayormente en las mujeres jefas de hogares que estaban a cargo de las tareas del hogar y de sus hijxs, así como también de las tareas de organizaciones comunitarias para quienes participaban en ellas. Como mostramos en estudios anteriores, las mujeres ocuparon roles fundamentales en espacios clave de contención barrial, tales como los comedores, las escuelas y las salitas de salud (Bergel Varela y Rey, 2021; Benassai y Rey, 2022).

En términos metodológicos, la propuesta se enmarca en una estrategia cualitativa, basada en grupos de discusión llevados a cabo de manera presencial en el partido de Moreno de la Provincia de Buenos Aires, durante los meses de abril y mayo de 2022, en un contexto social que podríamos llamar de “post-pandemia” (levantamiento total de la cuarentena y con la mayoría de la población vacunada).¹

En los grupos participaron mujeres residentes de sectores empobrecidos del partido. La organización de cada uno se estableció bajo dos criterios: uno basado en la edad (mujeres jóvenes, y mujeres adultas) y otro en el grado de pertenencia a una organización social o política (aquellas que participan habitualmente en espacios comunitarios y aquellas que no lo hacen).

En principio, la guía de pautas de indagación se orientó sobre temas vinculados a los impactos del covid en la vida cotidiana con el propósito de posteriormente identificar discusiones emergentes sobre sentido común neoliberal y sectores populares. Utilizamos el método de reclutamiento “bola de nieve”, a partir del contacto de algunas reclutadoras quienes fueron convocadas en trabajos previos realizados en Asociación Lola Mora en el municipio de Moreno.

1. Agradecemos gentilmente a las mujeres de las localidades de Cuartel V y Francisco Álvarez que participaron de la serie de grupos de discusión en Moreno.

La hipótesis sostiene, por un lado, respecto de las resistencias a la lógica neoliberal, que las mujeres son capaces de producir espacios de resistencias, particularmente en sectores populares, debido al lugar subordinado que ocupan en la sociedad (en tareas de cuidado particulares y comunitarias, en trabajo no remunerados y precarios). Por otro lado, debido también a su ubicación en la estructura social, las mujeres resultan un agente privilegiado para comprender los múltiples efectos de apropiación, negociación y reproducción del neoliberalismo.

Llevamos a cabo tres grupos de discusión con mujeres del Municipio de Moreno, particularmente de las localidades de Cuartel V y Francisco Álvarez. Elegimos ese territorio debido a nuestro vínculo producido en anteriores investigaciones, el prolífico entramado organizativo-comunitario allí presente, y las políticas municipales que han alentado a las mejoras de las condiciones de vida de esos sectores (tales como los proyectos de urbanización, las propuestas de desarrollo económico, los programas de salud y la construcción de espacios de esparcimiento allí desplegados).

El primer grupo de discusión, se realizó con siete mujeres jóvenes, de entre 18 y 25 años, que no pertenecen a una organización comunitaria. De éste, la mayoría, excepto una participante, cuenta con nivel educativo de secundario completo o nivel universitario incompleto. Dos de ellas son madres y mientras que dos de ellas cuentan con trabajos remunerados y fijos (como el Potenciar Trabajo), el resto cuenta con trabajos esporádicos o “changas”.

El segundo grupo estuvo conformado por seis mujeres con edades entre los 31 y los 59 años que no pertenecen a una organización. La mayoría, salvo una excepción, cuentan con nivel educativo de secundario completo. Cuatro de ellas se identificaron como amas de casa y las restantes como trabajadora social y empleada de comercio. De este grupo, todas son madres de al menos dos hijxs.

El tercer grupo estuvo conformado por cinco mujeres que participan o han participado en organizaciones comunitarias. Las edades oscilaron entre los 30 y los 52 años. Sólo una de ellas no había finalizado los estudios secundarios. Todas son madres de al menos dos hijxs. Una de ellas se considera ama de casa y las restantes educadora comunitaria, emprendedora productiva, estudiante de nivel terciario y psicóloga social.

Para el análisis, nos concentramos en tres dimensiones, intentando detectar en cada una de ellas los “rastros” de las prácticas y discursos neoliberales: **el hogar, el mundo del trabajo y el barrio**. Cada dimensión representa un ámbito fundamental en la vida social, sobre todo si se consideran las transformaciones que atravesaron durante el período de pandemia.

Sentido común liberal

Como detallaremos más adelante, en muchos casos lo que aquí denominamos “sentido común neoliberal” se compone de nociones contradictorias o ambiguas, tal como suele suceder con la dinámica de los sentidos comunes, cuya característica principal es presentarse para la sociedad como “neutrales” o “naturales”. Para reflexionar sobre estas nociones, el presente trabajo explora estos discursos y prácticas, identificando qué efectos concretos generan (tanto materiales –a nivel de la microeconomía– como subjetivos –a nivel de la cultura y las representaciones simbólicas–) y en qué medida pueden ubicarse en un sentido común neoliberal “desde abajo”.

Consideramos que toda época de crisis social (como fue la crisis sanitaria en 2020, o dos décadas antes, la crisis económica y social de fines del año 2001), abre nuevos escenarios de polarización social en donde las disputas políticas y culturales se profundizan, dando lugar a la emergencia de discursos, tanto orientados a reproducir la cultura hegemónica como también, destinados a protagonizar resistencias. En consecuencia, en estos contextos, es esperable que surjan nuevas formas de organización social, estrategias y alianzas políticas.

Respecto del contexto de crisis socioeconómica tras el giro neoliberal del gobierno macrista y la posterior llegada del COVID, no es novedad que los discursos neoliberales hayan encontrado un terreno propicio para asentarse, re-configurarse y expandirse. Sin ir más lejos, las marchas “anti-cuarentena” organizadas por sectores reaccionarios, las “quemadas de barbijo” y los discursos “anti-vacuna” que cuestionaban la eficacia de las vacunas para combatir el virus, sumados a los boicots a la campaña sanitaria oficial del Ministerio de Salud cuyo *slogan* eran “Nadie se salva solx”, dan cuenta de ello y ponen de manifiesto una fuerte crítica a los valores de lo colectivo y la solidaridad social. En esas manifestaciones y discursos, la salida a la crisis de la pandemia encontraba una respuesta individual. Desde esa perspectiva, no nos salvamos todxs, sino sólo quienes tuvieran los medios económicos para poder hacerlo.

A pesar de todas esas expresiones reaccionarias de ciertos sectores de la sociedad, diversos estudios demostraron que las experiencias de cuidados comunitarios en los barrios, resultaron eficaces para enfrentar tanto el virus como las demás problemáticas derivadas de la situación de pandemia (acceso a alimentos, continuidad educativa, prevención sanitaria, etc.). Sin embargo, a nivel masivo, en los medios de comunicación, estas experiencias fueron en su mayoría invisibilizadas, mientras que por el contrario, los discursos individualistas y “antivacuna” tuvieron una gran repercusión mediática, contribuyendo a la generación de un cierto “sentido común”, orientado a desconfiar de la campaña de vacunación masiva. Aunque esta situación resultó sumamente peligrosa en términos socio-sanitarios, finalmente la campaña de vacunación colectiva fue exitosa y se logró disminuir el número de contagios.

Lo interesante para explorar, son las maneras en que se expresa esta racionalidad neoliberal en los sectores populares que, paradójicamente, son los más perjudicados por la crisis. Es decir que quienes más cargan sobre sus espaldas la desigualdad social y los problemas de la economía, son muchas veces quienes justifican políticas o nociones que van en contra de sus intereses o que profundizan estos malestares. No se trata, sin embargo, de revictimizar a los sectores populares o asumir sus discursos como “irracionales”, sino que el desafío es comprender su lógica para poner el foco en la capacidad de agencia de estos actores sociales.

Tal como plantea Gago (2014), los posicionamientos del sentido común neoliberal no operan intencional o conscientemente sino que forman parte de una matriz cultural mayor, presente también en otros sectores de la sociedad. En esta etapa de crisis a nivel regional y global, entonces, resulta fundamental la comprensión de estos fenómenos para pensar estrategias colectivas y políticas de acción concretas orientadas a las mejoras de vida de los sectores históricamente más vulnerables.

En este sentido, el movimiento feminista y de la diversidad sexual y su entrecruce con otras agendas (medio ambiente, alimentación, endeudamiento, sistema judicial) han demostrado, en los últimos años, una capacidad de movilización, producción teórica y agencia política novedosa por lo que constituyen, en el actual contexto, las principales herramientas para intervenir en la agenda política y por lo tanto, de abrir canales de disputa simbólica y concreta.

Por esto, el propósito de este trabajo es analizar de qué maneras impactan y se apropian los sectores de menores ingresos (particularmente las mujeres) de lógicas neoliberales en el sentido que plantea Gago, esto es “desde abajo” (a partir de discursos que refuerzan una lógica individual, meritócrata y orientada a la competencia).

1. La vida en el hogar: prácticas de consumo e ideas sobre el individualismo

La vida en el hogar ha sido históricamente el lugar privilegiado para analizar las desigualdades sociales y de género. Es en aquel espacio donde tienen lugar las tareas de cuidado (limpieza, cocina, acompañamiento y contención de personas mayores, enfermxs, niñxs) que, por razones socioculturales, son llevadas a cabo mayoritariamente por mujeres. Ellas son quienes a través de la amplia gama de tareas de cuidado, sostienen las infraestructuras elementales de la reproducción social.

La llegada de la pandemia (y especialmente del confinamiento obligatorio), redefinió las valoraciones en torno a la vida doméstica. Para los sectores medios que podían poner en pausa la modalidad presencial y mantener sus puestos de trabajo aun en la distancia, la vida hogareña significó un encierro pero también un espacio de contención y refugio, un lugar de resguardo, e incluso la posibilidad de disfrute o de realización de tareas que antes estaban vetadas por la rutina laboral. Los sectores populares, en cambio, durante el confinamiento se encontraron con menos

recursos materiales, falta de espacios adecuados para el trabajo y menor acceso a la información frente a la incertidumbre de lo que estaba sucediendo. Por esto, el no poder anticipar y organizar la vida cotidiana generó en estos sectores una crisis más profunda. Sin embargo, lo que tanto sectores medios como populares tuvieron en común fue el hecho de que la reorganización de la vida tuvo como consecuencia una sobrecarga de tareas de cuidado para las mujeres.

La responsabilidad de tener que garantizar el plato de comida, de cuidar a lxs hijxs, adultxs mayores y enfermxxs, de reforzar las medidas de higiene para prevenir la enfermedad, de ayudar a mantener la regularidad escolar a lxs niñxs y adolescentes, de participar en iniciativas barriales, entre otras actividades, ha sido asumida históricamente por el género femenino. En ese momento, la exigencia del confinamiento le dio mayor visibilidad pública al hecho de que hayan sido siempre las mujeres quienes garantizan los cuidados en sentido amplio, y también contribuyó en algunos casos a su problematización (CEPAL, 2020; Gago y Cavallero, 2022).²

El mundo del hogar está atravesado por varias dimensiones que fueron alteradas producto de la pandemia, tales como las dificultades de las relaciones familiares durante ese período, los vínculos de pareja, la maternidad, las prácticas de consumo, la toma de decisiones y de proyectos de vida, la resolución de problemas cotidianos. El hecho de los miembros del hogar hayan tenido que convivir muy estrechamente durante un largo período de tiempo (en muchas ocasiones con escasos recursos, espacios físicos limitados y situaciones de violencia de género), ha provocado tensiones intrafamiliares, así como también transformaciones en los modos de pensar el lazo social y la vida en comunidad.

El sentimiento de soledad

El confinamiento implicó intensificar el tiempo dedicado a actividades de cuidado de la familia que reforzaron los roles y estereotipos de género tradicionales.

En nuestro estudio, las mujeres identificaron como un aspecto negativo el hecho de haber tenido que enfrentar en sus casas situaciones límite en absoluta soledad, sin la ayuda de otrxs, en particular si sus parejas mantuvieron sus trabajos presenciales. Así, las mujeres quedaron recluidas en el hogar por un período de tiempo

2. Muchos de esos debates cobraron visibilidad con la llegada de la pandemia, véase por ejemplo: “El TDCNR sostiene la economía”: <https://www.argentina.gob.ar/economia/igualdadygenero/los-cuidados-un-sector-economico-estrategico/el-tdcnr-sostiene-la-economia>; “Las mujeres que no trabajan por cuidar a sus familias en la pandemia de COVID-19 precisan un ingreso básico”: <https://news.un.org/es/story/2021/02/1487862>; “Trabajo doméstico no remunerado equivale al 15,9% del PBI”: <https://www.ambito.com/economia/economia/trabajo-domestico-no-remunerado-equivale-al-159-del-pbi-n5129656>; “Se Tenía Que Decir. Tareas del hogar y cuidados: la pandemia profundiza la desigualdad para las mujeres”: <https://www.laizquierdadiario.com/Tareas-del-hogar-y-cuidados-la-pandemia-profundiza-la-desigualdad-para-las-mujeres>

considerable, sosteniendo un mayor tiempo al cuidado de lxs miembros de la familia. El confinamiento agudizó consecuencias psicológicas ligadas a la soledad, tales como el miedo, la tristeza y la incertidumbre. Esta incertidumbre se vivió también como impotencia y temor para mantener la alimentación y limpieza en los hogares e inseguridad sobre lo que sucedería al día siguiente en términos económicos. Una cuidadora comunitaria de Moreno, por ejemplo, relata el sentimiento de soledad e incertidumbre del siguiente modo:

“Yo tuve mucho miedo. Se me despertaron cosas en mí que no estaban. Ataques de pánico, depresión, mucha ansiedad. Me generó miedo porque soy mamá soltera con dos neños y era tratar de sustentarlos a ellos y tratar de sustentarme a mí también, para estar fuerte por ellos” (CC)³

La angustia e inseguridad tuvo secuelas de padecimientos en términos de salud mental, que en ocasiones derivaron en cuadros graves o problemas crónicos (tales como ataques de pánico o depresión).

Las barreras del aislamiento para cuidar a familiares u otras relaciones que no vivían cerca reforzó el miedo y aumentó la ansiedad y la incertidumbre. En ese sentido, el mandato de cuidar y la imposibilidad de cumplirlo, operó en ellas como un sentimiento de impotencia y culpa.

Además, en algunos casos, la situación sanitaria las enfrentó con familiares o conocidos en cuanto a las diferencias en los modos de gestionar la vida cotidiana, lo que tuvo como resultado un mayor aislamiento. Mientras que algunas tomaron distancia de vínculos con los que no coincidían respecto de las vacunas, por ejemplo, otras lo hicieron por no compartir criterios de peligro de la enfermedad y medidas de prevención de contagios.

Sin embargo, aunque la soledad siempre conllevaba una connotación negativa, en algunas situaciones el permanecer aisladas les confería cierta seguridad. Debido a que una de las principales vías de contagio era el contacto estrecho con personas infectadas, el aislamiento les otorgaba cierta sensación de comodidad y seguridad. La presencia del otrx podía ser vista como una amenaza, lo cual no apartaba el sentimiento de angustia, sino que más bien suponía un mecanismo de defensa frente al contexto sanitario:

“El hecho de que la gente se me acercara... me estresaba. No quería que nadie se acercara. Me acuerdo que una vez fuimos con mi hijo a comprar y nuestra perra nos siguió. Una señora la acarició... Llegamos y la bañamos porque decíamos ‘mirá si la señora está contagiada y la tocó a la perra, y nosotros la tocamos a ella’ (CC)

3. Glosario para las citas, de aquí en adelante: MJ (mujer joven), MA (mujer adulta), CC (cuidadora comunitaria).

Aún para las que convivían con sus parejas o familiares, la resolución de cuestiones elementales para la supervivencia cotidiana pasaba por el plano individual. Ya sea para cuidar a un familiar enfermo, como para asistir a sus hijxs, o utilizando habilidades de ingenio para tener un plato de comida todos los días, las mujeres estaban solas. Así, la pandemia fue vivida como una tristeza solitaria que se manifestaba en dos sentidos: o bien a partir de un miedo paralizante que las impedía el contacto con otrxs, o bien como un desafío para sobreponerse frente a la catástrofe. Al mismo tiempo, la soledad descrita como un elemento negativo, se conjuga con sentidos de resiliencia, es decir, por cierta capacidad de sobrellevar las situaciones críticas. Por esto, en algunos casos utilizaron el momento de incertidumbre como afirmación personal y fortalecimiento de la autoestima:

“Yo no podía cobrar [un plan social] porque en mi caso no había terminado la secundaria. Quedé embarazada en el último año de secundario. Uno de los requisitos del Ellas Hacen era terminar la escuela. En ese momento dije ‘tengo que hacerlo, es mi obligación’. Después hice cursos de cocina que me ayudaron a hacer tortas para vender. Después estudié Psicología Social” (CC)

Aunque fueron planteadas como capacidades individuales, las formas de salir adelante y afrontar los problemas respondieron en muchos casos al mandato de seguir cuidando de sí mismas y de lxs otrxs, por lo cual no les quedaba otra opción que pensar estrategias de resistencia.

Muchas de estas experiencias fueron asociadas con valores positivos tales como la valentía, la fortaleza y la independencia.

Cambios en los hábitos y prácticas de consumo

Con la llegada de la pandemia cambiaron las prácticas de consumo. Ya sea por cuestiones vinculadas a la crisis económica preexistente, por la imposibilidad de salir a trabajar, por cambios en la composición familiar o la limitación de planes sociales, hubo una reducción de los ingresos de dinero en los hogares. Esto tuvo como resultado mayores dificultades para acceder a consumos básicos como alimentos o vestimenta, y a actividades de esparcimiento.

Para el caso de las mujeres adultas, las privaciones económicas se convirtieron en sentimientos de angustia, vergüenza y hasta culpa por no poder cubrir necesidades materiales, desde e refacciones en la vivienda hasta las vinculadas con la alimentación (teniendo que recurrir a la ayuda de comedores) o el placer (como darse determinado gusto algunos días a la semana):

“Mi hijo me decía ‘Yo para encender la cámara del Zoom no me quiero poner en esta pared que no está revocada. Quiero que des vuelta la mesa’. Son cosas de adolescente, lo entiendo, capaz que a mí también me daría vergüenza si tuviera su edad” (CC)

Respecto de las más jóvenes, existieron transformaciones en la vida familiar que venían planteándose antes de la pandemia, tales como búsqueda de autonomía respecto de sus madres y padres, el deseo de irse a vivir solas y las dificultades para concretar mudanzas definitivas. Para algunas, el momento de flexibilización de la cuarentena implicó el ingreso al mercado laboral. Es decir, tuvieron que buscar un trabajo por primera vez o recurrir a alguna estrategia coyuntural para obtener ingresos para garantizar el plato de comida a su familia. De esa manera, también se reforzó en las jóvenes su rol como cuidadoras responsables de asegurar la reproducción familiar. En ese pasaje que daba lugar a una cierta autonomía y mayor responsabilidad, las jóvenes se encontraron con un abrupto cambio de hábitos de consumo que las privó de necesidades básicas y más aún aquellas ligadas al ocio.

La imposibilidad de encontrar trabajos estables se vio agudizada en el contexto de la pandemia, que se vivió como impedimentos para pensar proyectos futuros de mayor envergadura, como el hecho de ser madres o de tener una vivienda propia. La situación de tener que resolver las urgencias alimentarias inmediatas les impedía proyectar metas de largo plazo en el presente.

En síntesis, las transformaciones en la vida dentro del hogar durante la pandemia pusieron en tensión vivencias e intereses individuales y colectivos. El sentimiento de soledad, experimentado por la mayoría de las mujeres entrevistadas fue percibido como un factor negativo pero también como una posibilidad de auto-superación y una oportunidad para reafirmar la autoestima. La llegada de tal situación inédita enfatizó actitudes de resiliencia pensada individualmente, aunque también permitió nuevas formas de pensar la convivencia con la/el otrx y redefinir los proyectos a mediano y largo plazo.

2. El mundo del trabajo: trabajo remunerado, no remunerado e informalidad laboral

El neoliberalismo como momento específico del sistema de producción capitalista, se extiende a todos los ámbitos de la vida social como proceso concreto y también, adquiere formas simbólicas que se expresan de manera subjetiva. El trabajo, en todas sus formas, representa un componente ineludible de análisis por su complejidad en la coyuntura actual. Por eso, para reflexionar sobre el “mundo del trabajo”, es pertinente mencionar las implicancias del discurso neoliberal respecto de las maneras que tienen las mujeres de los sectores populares de concebir su propio trabajo, tanto el remunerado formal e informal, incluyendo la economía popular, y el trabajo no remunerado en el ámbito familiar o comunitario.

Respecto del trabajo remunerado, las mujeres de estos sectores, en general acceden a trabajos muy precarios que son precisamente los más feminizados y que fueron los más afectados por la pandemia (debido a su interrupción o reducción horaria y salarial): trabajo en casas particulares, comercio minorista. También es relevante

la inserción en programas de empleo como el Potenciar Trabajo y el comercio en ferias o espacios de la economía popular.

Sobre el trabajo no remunerado, hay consenso entre ellas respecto del aumento del mismo en sus hogares, tareas que en general combinaron con iniciativas individuales intermitentes de generación de algún ingreso.

Cuando las mujeres manifiestan que más allá de todas las vulnerabilidades en las situaciones de crisis tienen la capacidad de “seguir adelante”, se refieren a la necesidad de enfrentar los problemas en situaciones extremas de precariedad: si no toman la iniciativa, nadie va a actuar por ellas. El mandato que pesa sobre ellas del cuidado de sí para poder seguir cuidando a otros es lo que las obliga a tener que pensar y llevar a cabo estrategias novedosas y creativas para sobrevivir.

Trabajo remunerado

La mayoría de las mujeres cuenta con trabajos remunerados aunque inestables y con salarios precarios. A pesar de que algunas siguieron haciendo pequeñas “changuas” durante la pandemia, en las familias se sintieron duramente las consecuencias de la disminución de los ingresos:

“Incluso gente que no trabajaba en negro, porque los que trabajaban en blanco en cines y eventos, en un momento se les mantuvo el salario. Pero después cuando se suspendía la actividad en el tiempo, hubo gente que perdió el trabajo y su sueldo aún en blanco. Ya no les siguieron pagaron. Era imposible” (CC)

Pero mientras que sus maridos iban retornando poco a poco a sus empleos a medida que los casos de contagio disminuían o se habilitaban permisos para actividades laborales de ciertos rubros, ellas tendían a quedarse recluidas en sus hogares, continuando con la responsabilidad de las tareas domésticas intensificadas y diseñando diversas estrategias para la generación de ingresos.

La dificultad de conseguir trabajo remunerado se hizo evidente especialmente en las jóvenes, para quienes la falta de experiencia sumada a la dificultad para finalizar sus estudios secundarios fueron obstáculos importantes para su inserción en el mercado laboral. Sin embargo, empujadas por la necesidad, salieron en búsqueda de empleo a pesar de los riesgos sanitarios y de cuidado de sí que implicaba:

“Yo por ahí sí conseguía una changuita lo que sea, iba y volvía de noche y estaba preocupada por si llegaba o no a mi casa, porque la gente obviamente la necesidad... porque más donde yo vivo, o sea cuartel V es peligroso, es una zona roja y donde yo vivo es muy alejado, entran pocos patrulleros y no hay como para asistir a una persona” (MJ)

La necesidad de llevar adelante alternativas de generación de ingresos tuvo entonces un carácter específico: se volvió una tarea inminente para resolver las necesidades urgentes pero también una estrategia para compensar la falta de trabajo estable, en un contexto social de desempleo generalizado.

Las distintas estrategias de supervivencia relacionadas con la generación de ingresos no fueron novedosas para las mujeres de estos sectores. En momentos específicos de crisis socioeconómica argentina, desde la década de 1990, fueron ellas quienes buscaron alternativas de supervivencia. Pero la singularidad de este momento tiene que ver con el hecho de que fueron estrategias diseñadas en un contexto inédito de epidemia sanitaria, en donde el cuidado de sí y de otrxs tuvieron que redoblar, por ejemplo, conteniendo a lxs niñxs y ayudándolos con sus tareas escolares, reforzando la prevención del virus, intensificando los cuidados hacia personas contagiadas o adultxs mayores, entre otras múltiples tareas de cuidado.

Estrategias para amortiguar la crisis

La crisis desatada por la pandemia, en tanto situación excepcional, generó una profundización y renovación de estrategias de supervivencia cotidiana e incluso provocó reflexiones sobre la pérdida de la cultura del trabajo y la importancia de la educación para la construcción de un proyecto de vida. En todos los casos, fue la necesidad de sobrevivir lo que las impulsó a pensar nuevas y mejores iniciativas.

Una de las estrategias más frecuentes en este tiempo ha sido la del “rebusque”. Se trata de dinámicas no convencionales o alternativas de las que las mujeres participaban para obtener ingresos a veces mínimos, tales como la venta de ropa en desuso, reventa de productos de limpieza en ferias barriales, la confección de artesanías, el fraccionamiento de productos al por mayor para la venta minorista, entre otras.

Algunas iniciativas estaban destinadas a generar una suma módica de dinero con lo que se tenía a mano. Estas estrategias, constituyen una práctica generalmente aceptada y valorada en los sectores populares.

Sin embargo, esas dinámicas no se reducen a iniciativas individuales. Las consecuencias de la crisis provocaron la multiplicación de estrategias colectivas de ayuda solidaria, y formas de aportes monetarios entre vecinxs, como los llamados “ruleta” o “círculo”, donde todxs aportan con lo que pueden y se sortea como premio el dinero total acumulado durante el mes:

“Lo llamabamos ‘el círculo’. Ponían plata no sé, vecinos, amigos, como mil pesos y el que salía se llevaba toda la plata y eso ayudaba bastante” (MJ)

Por lo general, estos modos de resolver la falta de resultados económicos a corto plazo se configuraban dentro de los barrios y formaban parte del entramado vecinal y comunitario, incluyendo los espacios clásicos de las mujeres dentro de la economía

informal como las ferias barriales.⁴

Estas estrategias populares de supervivencia solían combinarse con empleos precarios y con ayudas sociales o estatales. Sin embargo, su carácter informal, discontinuo, intermitente, propio de la economía popular, se expresa también en sentimientos de inseguridad e inestabilidad económica. En este sentido, la organización y el fortalecimiento de redes de la economía popular previas a la crisis socio-sanitaria, constituyeron un factor clave para generar espacios de economía segura y sostenible en el sentido que plantea Gago, esto es, valorizando las modalidades de informalización de la economía como “respuesta “desde abajo” a los *efectos desposesivos* del neoliberalismo” (2015:73). Si ampliamos la mirada al ámbito de las políticas laborales a nivel nacional, en los últimos años ha sido valioso el recorrido en materia de sindicalización y reconocimiento de trabajadorxs de la economía popular dado que en cierta medida mejoraron sus condiciones laborales.⁵ Según el último informe del RENATEP, el 58% de lxs inscriptxs son mujeres jóvenes (entre 18 y 35 años), insertas en su mayoría en servicios personales, servicios sociocomunitarios, y la venta en espacios públicos.⁶

Reflexiones sobre los programas sociales de empleo

Durante la pandemia, muchas mujeres fueron beneficiarias de políticas estatales de transferencias de ingresos (tales como el Ingreso Familiar de Emergencia -IFE-, la Tarjeta Alimentar, la Asignación Universal por Hijo -AUH-) y el programa de empleo Potenciar Trabajo. Los mismos constituyeron apoyos importantes para enfrentar la crisis, especialmente en lo referido a las necesidades alimentarias básicas. Ahora bien, ellas no siempre comparten puntos de vista acerca de los usos admisibles que deberían darle al dinero de los planes sociales. En algunos casos, por ejemplo, desearían que el Estado tuviera un rol más activo supervisando de qué manera lxs beneficiarixs utilizan el dinero de esas ayudas.

Estos discursos dan cuenta de una concepción de las políticas de ayuda y planes sociales que los entiende como “favores clientelares”, y no como una política de generación de puestos de trabajo, aun con altos niveles de precariedad y bajos salarios. La valoración moral acerca de los buenos y malos usos de estas ayudas, se encuentra presente en sectores amplios de la sociedad, lo cual también ha sido impulsado fuertemente por los medios masivos de comunicación en donde habitualmente se construye una imagen de lxs “planerxs” relacionada con “gente que no quiere trabajar”, y que por lo tanto, es responsable de sus propias condiciones de vida. Esta idea reproduce la lógica neoliberal de la meritocracia y la responsabilidad individual. El discurso de que existen personas que “no quieren trabajar”, se profundiza respecto de lxs jóvenes y su supuesta tendencia a seguir lógicas consumistas y ociosas:

■

4. https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/2022/04/informe_-_renatep_-_abril_2022.pdf

5. Comenzó con la creación de la CTEP (2011), que se transformaría años después en la UTEP (2019), y políticas de visibilización como el RENATEP.

6. https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/2022/04/informe_-_renatep_-_abril_2022.pdf

“Yo le digo a él, vos tenés que trabajar por tu hija. ¿Qué va a comer? ¿aire? La nena bueno, vive con la madre y bueno mi cuñada vive con la mamá, pero la mamá de mi cuñada tampoco trabaja...” (MJ)

Estas nociones indicarían que para las entrevistadas, no todxs lxs beneficiarixs de un plan son “trabajadorxs”: por un lado hay quienes eligen no trabajar y “vivir del plan” y por otro, quienes cobran un plan porque realmente lo necesitan, pero que sí quieren trabajar. En ese esquema, las personas que no desean trabajar quedan asociadas a la pérdida generalizada de una “cultura del trabajo”.

Entonces, debido a la crisis sanitaria, social y económica, **las estrategias de supervivencia se extendieron a amplias capas de la sociedad que tuvieron que recurrir a la ayuda estatal, lo que produjo una combinación de discursos contrapuestos: por un lado, un discurso que valora las ayudas estatales para enfrentar la crisis y por otro, desconfianza de la gestión de esos planes, al relacionarlos con políticas clientelares.**

Más allá de esta valorización entre los “buenos” y “malos” modos de gestionar las ayudas estatales, todas valoran su importancia para resolver gastos cotidianos como la alimentación o el esparcimiento y por eso, no se imaginan la posibilidad de un Estado que aplique políticas restrictivas para un mayor ajuste de recursos estatales.

Trabajo no remunerado

A pesar de que la mayoría de las mujeres entrevistadas trabajó durante la pandemia, tanto en las tareas del hogar o para el mercado, muchas de ellas sentían que **“no estaban haciendo nada (MJ)”**. Este es un dato a tener en cuenta, por un lado, si consideramos que la presión de mantenerse productivx es un imperativo central de la racionalidad neoliberal. Por otro lado, constituye un dato relevante si consideramos que el trabajo no remunerado está principalmente a cargo de las mujeres y, como mencionamos, ha aumentado enormemente durante la pandemia (Benassai y Rey, 2022).

La dificultad de acceso al trabajo remunerado y la naturalización del hecho de que a los varones de todas las edades les sea más fácil conseguirlo (principalmente en albañilería y otros oficios similares) es una idea instaurada que surge de y refuerza la división sexual del trabajo en donde la rama de la construcción ha estado históricamente asociada a la fuerza de trabajo masculina, en tanto las mujeres tienen menores posibilidades de acceder a los trabajos con demandas más flexibles y peor remuneradas.

La relación entre las tareas de cuidado y el género se explica en los discursos, por variables culturales o históricas, y también generacionales:

“Yo creo que se viene con eso, porque es de antes ya que a nuestras mamás las acostumbraron así” (MJ)

Esta última noción es culpabilizadora de las propias mujeres (en concreto, a sus madres, en el caso de las chicas jóvenes) por sus métodos de crianza desiguales y cierta tendencia a “consentir” a los hijos varones:

“El hombre es como que por ahí aportaba. Hay hombres que aportan y hombres que no. Pero la mujer siempre tiene que seguir trabajando. Adentro, afuera...” (MA)

Cabe mencionar que si bien prima una visión que naturaliza la división de roles, entre las más jóvenes se plantea la necesidad de cuestionar esta situación:

“A mí me pasaba. Mi padrastro ya no vive más con mi mamá, pero vivía con él y él llegaba a la noche y tenía que estar la mesa preparada, su comida, tenía que venir y mi mamá ya le tenía que tener el agua caliente para bañarse...la toalla, la ropa, y yo? yo no voy a hacer eso” (MJ)

Estas afirmaciones son coincidentes con las mediciones de uso del tiempo⁷ y tienen diversos efectos en la salud mental y física de las mujeres (Benassai y Rey, 2022).

En conclusión, las mujeres trabajaron aún más durante la pandemia: al interior de los hogares de manera no remunerada, en las tareas comunitarias y atendiendo a familiares y vecinxs, así como a través de las iniciativas vecinales y changas a las que debieron recurrir para sobrevivir. Los efectos físicos y subjetivos de este aumento del trabajo tuvieron consecuencias psicológicas importantes para la salud mental. A su vez, ellas fueron las más perjudicadas por la crisis por estar insertas en las ramas de la economía peor remuneradas y con menos posibilidades de recuperación económica respecto de los varones. En este marco, una ayuda fundamental fueron los planes sociales tales como el Potenciar Trabajo. Pero ellas, si bien valoran y reconocen esta política, también relacionan la recepción de planes con el no querer trabajar, por lo cual desconfían y critican estas políticas.

3. Entre lógicas solidarias y lógicas neoliberales.

Los entramados comunitarios como espacios de disputa

Uno de los objetivos de este estudio ha sido repensar las resistencias a la lógica neoliberal entre las mujeres de sectores populares. Este análisis permitió abrir los siguientes interrogantes: ¿Qué espacios comunes hay entre las mujeres pertenecientes

7. Históricamente, el trabajo no remunerado ha garantizado la reproducción material y simbólica de la fuerza de trabajo, tal como lo ha señalado la Encuesta Nacional de Uso de Tiempo en Argentina, realizada en el año 2021. Véase: https://www.indec.gob.ar/ftp/cuadros/sociedad/enut_2021.pdf

a sectores populares? ¿Existen estrategias de resistencia? ¿Cómo se piensan y representan a sí mismas? ¿Hay diferentes posicionamientos entre las mujeres adultas y las más jóvenes? ¿Influye en esos posicionamientos el hecho de que participen o hayan participado en organizaciones sociales tales como comedores, ollas populares, u otros espacios comunitarios? ¿Cómo se entrecruza la racionalidad neoliberal con la resistencia de las mujeres hayan o no participado de organizaciones sociales?

Dos formas diferentes de concebir la política y la organización colectiva

Un análisis que surgió de las entrevistas fue la diferencia en las maneras que tienen de concebir la organización colectiva las mujeres que no tienen experiencia en espacios comunitarios, respecto de las que sí la tienen.

Mientras que las mujeres que no participan en organizaciones por lo general no tienen un sentido crítico respecto de la situación socioeconómica actual, las mujeres organizadas tienden a poner el foco en las causas estructurales de las problemáticas sociales y proponen soluciones políticas. Además, por lo general éstas últimas valoran positivamente los espacios de construcción colectiva ya que consideran que son ámbitos en donde la transformación social es posible. Para ellas, la participación en estos espacios no hace referencia a agrupaciones partidarias sino a los comedores, ollas populares y centros de juventudes barriales, los cuales son asumidos como espacios colectivos claves, para enfrentar los discursos de los gobiernos que carecen de sensibilidad social. En sus palabras, este tipo de política, alejada de los intereses y de la realidad que se vive en los barrios, ha “arruinado” esos entramados de organización colectiva:

“Yo me sorprendía porque había gente que venía al comedor y después te decían que querían que Macri vuelva. (...) O sea, esta política social o esta ayuda del comedor si hubiese estado Macri tal vez no te la podíamos dar. Nosotros en el jardín pasamos cuatro años de Macri y nos arruinó” (CC)

Los entramados político-organizativos

Las beneficiarias de políticas sociales (como el programa Potenciar trabajo), coinciden en cuestionar las lógicas burocráticas que tienen muchas organizaciones políticas. Sin embargo, las que participan en espacios colectivos, identifican que muchas veces los medios de comunicación hegemónicos critican estos entramados de las ayudas sociales para crear un sentido común que se refiere a lxs beneficiarixs de esas ayudas como personas que no quieren trabajar.

Frente a esto, se pone en duda la idea de que toda participación en una organización social se reduzca a “ir a marchas” o “cobrar un plan”, poniendo el énfasis en todo el rico conjunto de experiencias colectivas que se llevan a cabo para solucionar las problemáticas de sus barrios. Por esto, critican fuertemente la estigmatización hacia quienes reciben planes sociales y sostienen que los mismos son una ayuda diaria fundamental:

“Parece que eso les molestara a los que nos dicen ‘choriplaneros’, que uno pueda también, que pueda estar contento. Les molesta que utilicemos Netflix y lo que ellos utilizan. Que nuestros hijos no estén en el tren ofreciendo estampitas” (CC)

Por otro lado, las mujeres que no participan en organizaciones consideran que el uso legítimo de la transferencia de ingresos estatal debe ser exclusivamente la alimentación. Esta idea, excluye la posibilidad de pensarlos como soportes psicológicos o estímulos a la sociabilidad o el esparcimiento. Por esta razón, a diferencia de las activistas, en ciertos sectores receptores de estos planes, opera un discurso vergonzante respecto de la ayuda comunitaria que se resuelve, precisamente, considerando las soluciones colectivas como recurso de última opción:

“La pandemia nos agarró mal porque no teníamos para comer, teníamos que estar yendo a los comedores, también la ayuda del colegio...y esas cosas, que no tienen nada de malo pero uno la pasa mal...se preocupa, se angustia” (MJ)

En el mismo sentido, las mujeres que no participaban en organizaciones definieron a los entramados políticos, como ámbitos necesariamente viciados de ambiciones individuales, argumentando que son espacios donde el hacer política se vincula necesariamente con la corrupción y la competencia:

“Yo pienso que la política... corrompe. El que se mete en la política es corrompido. Cada uno termina haciendo por algo propio...uno lo ve a veces en el propio barrio. Toda la gente que aceptó a la nueva intendenta, y se mudaron, cambiaron de barrio, están viviendo en countrys... y el barrio en el mismo estado” (MA)

Además, para ellas, la ayuda estatal se vincula siempre con la noción de política clientelar. En ellas se encuentra presente un discurso acerca de que el ser parte de un programa social es necesariamente quedar sometida a reglas de las organizaciones políticas:

“Vos vas y no sabés a qué hora terminás, vos tenés que estar ahí. Te dicen que si no vas, te dan de baja y así” (MJ)

En concreto, observamos que estas opiniones reflejan diferentes visiones respecto de las políticas sociales: mientras que quienes participan en organizaciones consideran a las ayudas como políticas orientadas a garantizar derechos, aquellas que no participan cuestionan estas ayudas y proponen un “mayor control” del Estado en la asignación y gestión de planes y ayudas sociales, y enfatizan la crítica a los entramados político-clientelares. La idea de este último grupo de mujeres implica además una lógica meritocrática que propone que cada beneficiaria debería utilizar el dinero obtenido de esa ayuda sin “malgastarlo”:

“Yo tengo conocidas que cobran la AUH, la cooperativa, la Tarjeta Alimentar, cobran un montón de cosas y vos las ves y no... como que se la gastan en boludeces” (MJ)

De ahí también que las mujeres que no han tenido participación en actividades colectivas tiendan a establecer diferencias entre las organizaciones que supuestamente “van a marchas” y aquellas que “trabajan”. El señalamiento de “ellxs” (malgastan los planes o no aprovechan las oportunidades laborales), versus “nosotrxs” (quienes lo usan bien), se presenta cercano al sentido común que circula en los medios de comunicación y en la opinión pública general acerca de lxs beneficiarixs de planes sociales.

Este eco discursivo permite entender las maneras en que la puesta en circulación de ciertas nociones se expresa masivamente, convirtiéndose en un sentido común dominante, y contribuyendo a una idea de “otredad” u “otx-enemigx” que asume nuevas características según cada época. Por ejemplo, en los últimos años, algunos trabajos han mostrado cómo durante el ascenso de gobiernos neoliberales la encarnación de esa otredad tomó la forma discursiva de “lxs pobrxs”, a quienes se asoció con el miedo, lo precario, la inseguridad y lo marginal (Schmitt, 2019; Delupi Baal, 2021; Zuccaro, 2021).

Ayudas estatales producto de la pérdida de la “cultura de trabajo”

A pesar de estas diferencias, en todas las mujeres estuvo marcadamente instalado el valor en torno a lo que denominaron “cultura de trabajo”, es decir, la apreciación positiva sobre la capacidad de trabajar como una identidad que hace posible los proyectos de vida a largo plazo. Muchas mujeres, independientemente de su edad y su activismo político, subrayaron el esfuerzo que hacen al salir todos los días a trabajar junto a sus familias, el ejemplo imperativo del trabajo que desean transmitirle a sus hijxs, el aliento a lxs adolescentes a que trabajen para “tener un futuro mejor”. Algunas enfatizan que para ellas la cultura del trabajo es importante para evitar en el presente las necesidades económicas o alimentarias que tuvieron que soportar en un tiempo pasado.

Ahora bien, aunque los tres grupos acordaron que en la sociedad contemporánea se ha perdido esa cultura de trabajo, hubo algunas diferencias en relación con las causas que se adjudican a ese proceso. Mientras que las que no participan en organizaciones aludieron a factores explicativos individuales o voluntaristas (como el hecho de pensar que “no trabaja quien no quiere”), las cuidadoras comunitarias se refirieron a factores generacionales (como el hecho de no contar con ejemplos familiares cercanos) o sociohistóricos (como la crisis de los años noventa en adelante en Argentina):

“Para mí está en que no podemos medir al otro con lo que uno haría. Porque el otro por ahí no tiene las mismas herramientas. Digo, hay que ver qué proceso y qué le pasa a esa persona que no lo puede agarrar [a las oportunidades laborales]... En los ‘90 hubo un montón de fábricas que cerraron. Tampoco se siguió transmitiendo los oficios como se hacía en otro momento. Hay un montón de todo esto que no siguió” (MA)

“Darle al otro lo que a mí me sobra”: las redes de solidaridad como potencia

Existen varias estrategias de supervivencia que llevan a cabo las mujeres a nivel vecinal para disminuir los efectos de la crisis. Por ejemplo, para enfrentar la falta de variedad y calidad de los alimentos entregados por el Estado, crearon diferentes mecanismos de intercambio entre sus vecinxs, familiares o amigxs, que consistía en “darle al otrx lo que a mí me sobra”, construyendo incipientes redes de solidaridad barrial que en principio actuaron como redes de contingencia ante una situación extrema, pero sin perspectivas de convertirse necesariamente en una organización de mayor alcance o persistencia.

Estas formas organizativas definieron los modos en que fue transitado el contexto de pandemia, tal como hemos estudiado en investigaciones precedentes (Bergel Varela y Rey, 2021; Benassai y Rey, 2022). En ese sentido, estuvo también muy presente la idea de que la crisis sanitaria se presentaba como una oportunidad para ver a las personas como en realidad son, y, por lo tanto, como un momento de re-conceptualización de aliadxs/adversarixs:

“Se pensó que esto iba a cambiar la mentalidad de la gente, pero no. Algo que dijo el filósofo Dario Sztajnszrajbers me quedó tan grabado, él dijo, el que es copado va a ser re copado y el que es caca, va a ser más caca y fue así” (CC)

Es preciso subrayar, además, el rol de la afectividad en los lazos comunitarios al momento de atravesar la pandemia. Debido a la situación de aislamiento y al aumento de casos, se volvieron más necesarios los vínculos afectivos por lo cual no solamente se hicieron más importantes y valiosas las redes organizativas y de solidaridad mutua, sino que se pusieron en práctica aspectos de empatía y escucha de manera mucho más consciente, lo cual permite introducir una dimensión colectiva a los problemas que había que enfrentar en el día a día en el momento de mayor agudización de la crisis sanitaria.

Reflexiones finales

En este estudio pudimos profundizar algunas líneas de análisis acerca de cómo la racionalidad neoliberal se expresa en los sectores menos favorecidos, incluso en aquellos que cuentan con entramados solidarios y comunitarios. Nuestro interés estuvo puesto en comprender cómo estos discursos se expresan en las mujeres, en un contexto pandémico de aumento del trabajo no remunerado, emergencia de propuestas de ajuste al “gasto social”.

Nos preguntamos en qué medida la pandemia se transformó en una oportunidad para esa resistencia o fractura al discurso neoliberal. Durante el contexto de crisis por COVID: ¿se abrieron canales de alejamiento al “deseo neoliberal” (entendido como el conjunto de prácticas y discursos que acentúan el individualismo, la meritocracia, la resiliencia, la idea de el/la otrx como enemigo y la anti-política) o, por el contrario, el discurso dominante “logró” anudar esos deseos a sus intereses? Si la pandemia dio un nuevo impulso a la organización colectiva, ¿qué características tuvo ese entramado social? ¿Qué otros deseos anudó la experiencia de la pandemia que permiten pensar en alternativas a la lógica individualista?

Sin duda, el discurso neoliberal es transversal a todos los sectores sociales. Respecto de los grupos menos favorecidos económicamente, esta lógica se entrecruza con sus propias realidades, asumiendo características complejas y contradictorias. Advertimos que no se trata de “romantizar” estos entramados, interpretándolos necesariamente como resistencias, sino que el desafío es comprender esa complejidad. Consideramos que, más allá de las expresiones del neoliberalismo en estos sectores, es importante visibilizar las fisuras en esas lógicas para mostrar las maneras en las que los entramados comunitarios son capaces de resistir, poner en cuestión y resignificar creativamente la racionalidad neoliberal.

Si bien las mujeres criticaron los modos de gestión y puesta en marcha de las políticas sociales de transferencias de ingresos (por ejemplo, cuestionando los usos que se les da), no pusieron en duda las necesidades por las que esas ayudas estatales se vuelven tan fundamentales. También son interesantes las opiniones acerca de las organizaciones comunitarias, dado que en cierta medida se reproduce un discurso propio de los sectores más conservadores acerca del uso clientelar de los planes sociales, lo cual invisibiliza el esfuerzo y las horas de trabajo concreto que implica el cumplimiento de los requisitos de los planes sociales.

Estas nociones derivan en una definición estática de la política. La apropiación del discurso neoliberal hace suponer que la política es siempre “mala”, “sucía” o “corrupta”, lo que en definitiva homogeneiza las distintas gestiones y gobiernos, sin permitirse matices, ni discriminando casos específicos. Esta idea de política corrupta alimenta lógicas profundamente despolitizantes, lo que opera fuertemente como una barrera para la organización comunitaria, ya que la misma puede verse teñida por esas mismas valoraciones negativas. Sin embargo, los entramados

vecinales permitieron generar redes de confianza y ayuda mutua, afinar la escucha, repensar los vínculos, tomar decisiones respecto de sí e incluso revisar las maneras de interpretar la realidad social y la política.

La pandemia fue una oportunidad para las mujeres no sólo para repensarse a sí mismas, sino para valorar su capacidad de salir adelante y pensar alternativas ante la crisis, de tejer redes vecinales y familiares que fortalecen los entramados comunitarios, de reflexionar acerca de los roles de género y cuestionar la sobrecarga de tareas que pesa sobre las mujeres, de verse a sí mismas como parte de una sociedad desigual y desnaturalizar la idea de que el que es pobre es porque así lo quiere.

En un contexto de “post-pandemia” en donde uno de los debates urgentes se vincula con los cuidados y el trabajo no remunerado, la persistencia de la crisis económica y profundización del individualismo como práctica que presupone un sujeto autónomo y autosuficiente, se torna necesario ocupar las fracturas de la lógica neoliberal para irrumpir en la escena política en defensa de las redes comunitarias, la solidaridad y la vida.

El fortalecimiento del movimiento feminista de mujeres de sectores populares se vuelve, en este contexto, un desafío ineludible, ya que es uno de los principales sujetos políticos que ha demostrado en estos últimos años tener la capacidad de poner en agenda temas que visibilizan las problemáticas de los sectores menos favorecidos.

Bibliografía

Ahmed, S. (2019). *La Promesa de la Felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría.* Buenos Aires: Caja Negra.

Alvaro, D. (Comp.) (2021) *Vidas Diseñadas. Crítica del coaching ontológico.* Buenos Aires: Ubu Ediciones.

Benassai, P. y Rey, D. (2022). *Impactos de la crisis del COVID en mujeres de sectores populares.* Buenos Aires: Asociación Civil Lola Mora. Disponible en: <http://asociacionlolamora.org.ar/wp-content/uploads/2022/10/Impacto-crisis-Covid-en-mujeres-de-sectores-populares-Cuanti.pdf>

Bergel Varela, J. (2021). *Los cuidados comunitarios en tiempos de COVID-19. Propuestas de políticas para su fortalecimiento y visibilización.* Buenos Aires: Asociación Civil Lola Mora y Red de Género y Comercio. Disponible en: https://asociacionlolamora.org.ar/novedades/policybrief_cuidadoras_comunitarias/

Bergel Varela, J. y Rey, D. (2021). *Estudio de caso. Fortaleciendo redes para sostener la vida. Los cuidados comunitarios en el contexto del COVID-19.* Buenos Aires: Asociación Civil Lola Mora y Red de Género y Comercio. Disponible en: <http://asociacionlolamora.org.ar/wp-content/uploads/2021/09/Fortaleciendo-redes-para-sostener-la-vida-ALM.pdf>

Bourdieu, P. (1999) [1993]. *La miseria del mundo.* Madrid: Ediciones AKAL.

Canelo, P. (2019). *¿Cambiamos? La batalla cultural por el sentido común de los argentinos.* Buenos Aires: Siglo XXI.

Castel, R. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social: una crónica del salariado.* Barcelona: Paidós.

CEPAL (2020). *Cuidado y mujeres en tiempos de covid-19. La experiencia en la Argentina.* Disponible en: https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/46453/1/S2000784_es.pdf

Chomsky, N. y Dieterich, H. (2001) [1995]. *La sociedad global: educación, mercado y democracia.* México: Joaquín Mortiz.

Delupi Baal, U. (2021). “Precariedad y marginalidad neoliberal: La comunicación política en la alianza Cambiemos”, en *RepHipUNR*, no. 34, enero/junio 2021, pp. 245-258.

Gago, V. (2014). *La razón neoliberal.* Buenos Aires: Tinta Limón.

Gago, V. y Cavallero, L. (2022). *La casa como laboratorio. Finanzas, vivienda y trabajo esencial.* Buenos Aires: Tinta Limón.

Harvey, David. (2007). *A Brief History of Neoliberalism.* Oxford: Oxford University Press.

Lordon, F. (2015). *Capitalismo, deseo y servidumbre. Marx y Spinoza.* Buenos Aires: Tinta Limón.

Murillo, S. (2021). “La cultura del malestar”. XIV Congreso Argentino de Psicología. Disponible en: <https://drive.google.com/file/d/0BwxcoQar5QHgcE5FW-FhEeE14Ym8/view?resourcekey=o-xheEdhFeJWRG4pMstK5wRQ>

Sanchís, N. (Comp.) (2020). *El cuidado comunitario en tiempos de pandemia...y más allá.* Buenos Aires: Asociación Civil Lola Mora y Red de Género y Comercio. Disponible en: <http://asociacionlolamora.org.ar/wp-content/uploads/2020/07/El-cuidado-comunitario-Publicacio%CC%81n-virtual.pdf>

Sassen, S. (2000) [1991]. *La ciudad global: Nueva York, Londres, Tokio.* Buenos Aires: EUDEBA.

Sassen, S. (2015). *Expulsiones: brutalidad y complejidad en la economía global.* Buenos Aires: Katz Editores.

Sennet, R. (2018) [1998]. *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo.* Barcelona: Anagrama.

Schmitt, N. (2019). “Políticas de seguridad, ‘Nuevas Amenazas’ y demagogia punitiva. Cambiemos y la construcción del nuevo ‘enemigo interno’”. XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Disponible en: <https://cdsa.academica.org/000-023/407.pdf?view>

Stavrakakis, Y. (2010). “La ‘política de la *jouissance*’ consumista y el fantasma de la publicidad”, en *La izquierda lacaniana* (pp. 255-284). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Wacquant, L. (2007). *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado.* Buenos Aires: Siglo XXI.

Zuccaro, A. (2021). “El ‘discurso oficial’ del Ministerio de Desarrollo Social durante el gobierno de Cambiemos”, en *Crítica y Resistencias. Revista de conflictos sociales latinoamericanos*, no. 12, pp. 50-68.

